



“La evangelización de las mujeres indígenas, obra básica en la aculturación”

p. 51-58

Josefina Muriel

*La sociedad novohispana y sus colegios de niñas.
Tomo I. Fundaciones del siglo XVI*

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2004

304 p.

Figuras

(Serie Historia Novohispana 52)

ISBN 970-32-1840-7 (Tomo I)

ISBN 970-32-1840-7 (Obra completa)

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/038_01/sociedad_novohispana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO IV

LA EVANGELIZACIÓN DE LAS MUJERES INDÍGENAS, OBRA BÁSICA EN LA ACULTURACIÓN

Para entender la compleja acción que pretendió realizar la fusión de las culturas hispanoindígenas en la Nueva España es necesario analizar previamente la íntima unión que existió entre estos dos conceptos: evangelización y educación.

Evangelizar fue llevar las ideas evangélicas y “una suma de convicciones de vigencia universal a los indígenas”. Mas como el cristianismo no es sólo doctrina sino forma de vida, se les educó y evangelizó para vivir dentro de un estilo de vida que era el español. Esto hará que la cultura y la civilización de España se volcasen en América.

Por todo ello la evangelización fue, como ha dicho el historiador Edmundo O’Gorman, “la mayor tentativa que registra la historia del esfuerzo de una cultura por asimilar pueblos exóticos”.¹

Al consumarse la caída del imperio azteca y encontrarse como consecuencia de ello dos culturas frente a frente, la del conquistador se impuso. La política española conservará del Estado indígena las autoridades secundarias para tener un mejor control de la administración pública, lo que le permitirá al mismo tiempo el desarrollo de su lucha por la justicia, dentro de su política proteccionista de los naturales de estas tierras.

La manera como esto se aplicó fue objeto de magníficas discusiones que llegaron hasta nosotros bajo títulos como el *De unico vocationis modo*, o de cartas a los reyes mandadas por obispos y frailes, de cédulas reales y de bulas pontificias que hicieron surgir toda

¹ Edmundo O’Gorman, “Reflexiones sobre la distribución urbana colonial de la ciudad de México”, en *Boletín* del Archivo General de la Nación, t. IX, n. 4, 1938, p. 787-790.



una inmensa literatura que sirvió para precisar la responsabilidad moral de los españoles en la transculturación de los naturales.

En México los hombres no se rindieron sin luchar; discutieron y defendieron sus antiguas creencias. Allí están como ejemplo los coloquios de los doce primeros franciscanos con los sacerdotes indígenas. La actitud de los *tlataminime* fue compartida por el resto del pueblo adulto, que tampoco rindió fácilmente sus creencias ante los dogmas cristianos.

Los niños en cambio fueron sujetos más fáciles de transculturación, pues, a la escasa profundidad de sus ideas religiosas aunaban la facilidad de aprender la lengua castellana y de enseñar la suya a los frailes, o sea que con ellos había mayor posibilidad de comunicación y por tanto de una básica fusión cultural.

La razón para emprender con las niñas una acción semejante a la que se empezaba a realizar con los niños fue que los frailes consideraron “que no era bueno de solo los hombres tener cuidado, pues ambos sexos hizo dios en el principio y después de caído a ambos vino a buscar, curar y salvar”.

La enseñanza pública de catequesis empezó a darse en forma ya organizada al aire libre, en los grandes atrios de los primeros conventos franciscanos, a los que siguieron todos los demás de esta orden² y, más tarde, la dominicana y la agustina.

Dentro del atrio se levantaron cinco capillas en las cuales se daba la enseñanza. La más importante de todas era la capilla abierta, desde donde se daba la explicación general de los dogmas y en donde tenían lugar los actos litúrgicos en los que participaban los indios. La capilla abierta del convento de Actopan conserva aún gran parte de los frescos que los frailes agustinos usaban para dar una enseñanza audiovisual a los indígenas. En ellos aparece Dios creador; el Paraíso, con Adán y Eva, representando el pecado original; el Diluvio; la destrucción de Sodoma y Gomorra, indicando los grandes castigos de Dios a los vicios de la humanidad; el Juicio y el destino final del hombre, representado en el Infierno y en la Gloria, a donde son llevadas las almas y a donde los ángeles que van al cielo suben por escaleras.

² Véase la obra de Elena Vázquez Vázquez, *Distribución geográfica y organización de las órdenes religiosas en la Nueva España (siglo XVI)*, México, UNAM, Instituto de Geografía, 1965.

Hay un marcado énfasis en el castigo al pecado, sobre todo en los frescos de las paredes laterales, en los que se destaca, de un lado, el pecado de idolatría, con la representación de un *teocalli* con su altar e ídolo en la parte superior, al que se rinde homenaje, y algo que no es posible ver con claridad por la destrucción del fresco pero que parece ser una boca de dragón que devora a los idólatras. Al otro lado se representan los tormentos del Infierno.

No sabemos con certeza en cuáles de estas capillas hubo frescos semejantes, pero sí que en todas, mediante ese sistema de grandes cuadros que se desplegaban ante los catecúmenos, se enseñaban las verdades fundamentales de la fe cristiana.

Además, los indígenas tenían que memorizar una serie de oraciones; para ello se reunían en “corrillos”, como los llama Mendieta, que, según parece, eran controlados desde las otras cuatro capillas, que son las llamadas *posas* que había también en el atrio.

Veamos ahora cómo va a incluirse dentro de esta primera etapa de fusión de culturas a las mujeres. Hay un grabado de fray Diego de Valadés en su obra *Rethórica christiana* que representa en forma alegórica el primer convento de San Francisco, en el cual aparecen cuatro capillas *posas*.

En la primera del lado superior derecho aparecen unos niños sentados alrededor de un fraile que les enseña. En la segunda, la del lado superior izquierdo, hay niñas en igual actitud frente a un maestro. En las capillas derecha e izquierda, en la parte inferior, la escena se repite con personas mayores, hombres y mujeres.

Para evitar confusiones, Valadés les añadió unos letreros que dicen respectivamente “pueri”, “puelle”, “homines” y “mulieres”, lo cual nos muestra cómo se daba la enseñanza religiosa en un atrio y cómo las capillas *posas* fueron las primitivas escuelas catequistas, y no solamente lugares en donde se posara el Santísimo Sacramento en las procesiones. Dada su exigua dimensión nos parece que su función era controlar desde allí la enseñanza de los cuatro grupos mencionados que formaban los diversos corrillos, dando también la explicación general a todos como se ve en el grabado. Mendieta nos explica que se hacían grupos en los que se enseñaban simultáneamente las diversas partes del catecismo de acuerdo con el adelanto de cada uno de los estudiantes. Así, en un corrillo unos aprendían el Padre Nuestro, en otro estudiaban el Ave María, y así



progresivamente hasta llegar a los que sabían todo el catecismo y se convertían a la vez en maestros.

Tenemos elementos suficientes en crónicas, cartas y documentos diversos para suponer que la evangelización de las niñas se proyectó al mismo tiempo que la de los niños, o sea, a partir de 1525, cuando los franciscanos, después de celebrada su junta apostólica en el primitivo convento de San Francisco, decidieron iniciarla desde los cuatro puntos donde establecerían sus primeros conventos: México, Texcoco, Tlaxcala y Huejotzingo. Cuando aprendieron la lengua pudieron hacer una verdadera obra evangelizadora en todas estas partes; aunque hubo quien, sin aprenderla, fue gran misionero. Motolinía afirma que esto ocurrió dos años después de su venida, o sea, en 1526. Sin embargo, parece que Gante, que había llegado primero, la inició antes en México. Las hijas de nobles, o *pipiltin*, como de indios del común o macehuales, sin distinción fueron “enseñadas en la doctrina cristiana en grupos o en corrillos...”³ Tanto interés se tuvo en la evangelización de las niñas que en poco tiempo, al igual que los niños, conocieron la religión cristiana mejor que sus mayores.

Respuesta de las mujeres indígenas a la evangelización

Las crónicas dicen: “Las doncellas que iban a estudiar a los patios de los conventos tenían sus matronas o maestras espirituales, que así las llaman ellas, separadas por barrios, grandes o chicos.” Éstas eran las encargadas de llevarlas y traerlas a sus casas, vigilando su seguridad y recato. Los indios convertidos, alguaciles y diputados de las iglesias, velaban por ellas.⁴ Este tipo de enseñanza tuvo gran aceptación según el cronista, quien añade: “yo he tenido [siendo guardián de algún pueblo] más de 300 doncellas casaderas, juntas en el patio de la iglesia, enseñándose unas a otras con la mayor sinceridad y honestidad que se pueda imaginar”.

Gante por su parte evangelizó a centenares de niñas dándoles grandes ejemplos de vida cristiana, pues quería que las jóvenes

³ Fray Jerónimo de Mendieta, *op. cit.*, t. III, cap. XIX, p. 71.

⁴ *Ibidem*, t. III, cap. XIX, p. 72.



convertidas formasen, con los niños que él educaba, una nueva sociedad de indios cristianos. La aceptación que las niñas y los jóvenes hicieron de la nueva religión fue total y sincera, ya que aprendieron de aquellos primeros franciscanos ese fervor que los caracterizaba; por eso los cronistas al referirse a ellas lo hacen siempre elogiosamente, poniéndolas como modelo de mujeres cristianas de México, Xochimilco, Cuauhtitlán, Tlalmanalco, Tlaxcala, Cholula, Huejotzingo, Tepeaca, Tehuacán, etcétera.

Eran sinceras en la fe, honestas en las costumbres, piadosas, ocupadas en oraciones; hacían obras de caridad, vigiliias y ayunos. Fray Martín de Valencia, en su carta al ministro general de la orden franciscana, fray Matías de Wemssieins, dice de ellas en 1531: "Las mujeres son de mucha honestidad y tienen naturalmente una increíble pureza y de una nunca oída claridad."⁵

A esta aceptación íntima y personal de las mujeres indígenas siguió otra etapa, en la cual ellas fueron el elemento activo en la fusión cultural.⁶ Según los cronistas, eran las mayores divulgadoras de la buena nueva, que la llevaban a las demás, aunque, desde luego, no se les permitía predicar por su cuenta.⁷

Para que la enseñanza de los frailes tuviera una constante motivación en los indios convertidos, establecieron en todos los pueblos cofradías que los vinculaban con la iglesia. En estas cofradías, especialmente en las primitivas del Santísimo Sacramento y de Nuestra Señora, y luego en las del Nombre de Jesús, de la Veracruz, de la Soledad y otras muchas, tuvieron las mujeres un papel preponderante. Así dice Mendieta: "Ellas eran como madres adiestrando y guiando las cofradías", y rigiéndolas en los pueblos, más que los hombres.

A través de estas cofradías aprendían a vivir el cristianismo, pues ayudaban a la instrucción y preparación de los ignorantes, a la confesión y comunión, como obra de responsabilidad comunitaria, como lo eran los hospitales de indios en donde servían de enfermeras, *guananchas*, que semanariamente se turnaban. Además realizaban otra obra con sus congéneres; ésta era la de "recoger a

⁵ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, 3ª. ed., México, Salvador Chávez Hayhoe, 1944, t. III, p. 111-112.

⁶ Fray Pablo de Jesús Beaumont, *Crónica de Michoacán*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1932, t. II, p. 152.

⁷ Motolinía, *op. cit.*, t. III, cap. XVI, p. 73-75.



las jóvenes solteras que andaban derramadas” por no tener familias, para evitar que se prostituyeran.

Gante fomentaba la popularidad de las cofradías mediante las procesiones que organizaban los jóvenes de su escuela y las doncellas de los colegios que se casarían con ellos.

En la iglesia de San Francisco de México estaba la cofradía del Santo Desprendimiento, formada por hombres y mujeres.

En el convento de Xochimilco había doce cofradías de indios entre las que se contaban las de El Santísimo Sacramento, Nuestra Señora de la Antigua, La Concepción, Santiago, San Juan, San Francisco, San Antonio, San Diego y Las Ánimas.

En Cuauhtitlán había una cofradía de doncellas de la doctrina que tenía en la iglesia conventual un altar de Nuestra Señora de Guadalupe que las jóvenes indias cuidaban y que era importante centro de enseñanza, pues en él se predicaba en mexicano y castellano simultáneamente.⁸ Las cofradías tuvieron un desarrollo extraordinario durante todo el siglo XVI, en especial las de La Concepción, en la jurisdicción del obispo Vasco de Quiroga. Las sedes de estas cofradías fueron los hospitales de indios que, además de dar solidez a la doctrina con la práctica de obras de misericordia, unieron a los indios dispersos y fueron alma de los nuevos pueblos, escuelas de vida social, forjadoras de una conciencia de responsabilidad comunitaria en donde convergían la actividad económica del poblado, su industria artesanal y el trabajo agrícola, con la generosa entrega de servicio personal. Cultura de “cristianos a las derechas”, como la planeó don Vasco y que desarrollaron ampliamente los franciscanos y los agustinos.

En otras zonas de México muchas mujeres jóvenes llevaban vida de intensa religiosidad, ocupándose del servicio del templo y reuniéndose en él en diversos momentos del día, para contar las horas y oficios de Nuestra Señora “como si fueran otras santas mujeres de la primitiva Iglesia”.⁹

Las niñas de los pueblos de Michoacán sabían bien sus oraciones así recitadas como cantadas. Las de Charo las sabían cantar en

⁸ Fray Agustín de Vetancourt, *Teatro mexicano*, México, Editorial María de Benavides, 1696, t. II, p. 343.

⁹ Fray Jerónimo de Mendieta, *op. cit.*, t. III, cap. XIX, p. 73.



pirinda y en latín; acompañadas con órgano cantaban en las principales fiestas del año en los mismos tonos que la Iglesia.¹⁰

Por todo esto, muchas de ellas fueron mencionadas en las crónicas como mujeres ejemplares para la cultura occidental. Así, fray Jerónimo de Mendieta, el más antiguo de los cronistas franciscanos, dedica en los tomos II y III de su *Historia eclesiástica indiana* varios capítulos a las virtuosas mujeres indias. Entre ellas nos da los nombres de la niña Ana Cozal y los de Inés e Isabel, sus hermanas, cuyas vidas ejemplares tuvieron por testigo, entre otros, al famoso fray Pedro de Gante, que las relató a los hermanos de su orden. Por ello fueron enterradas a los pies del altar de la capilla de San José de los Naturales. La indiecita de Tlaxcala, Francisca, ya en el lecho de muerte, dio la última lección de cristianismo a las principales familias de su pueblo.

Las niñas que predicán a los de su raza la palabra evangélica y corrigen a los indios mayores por sus vicios son innumerables; por eso exclama Torquemada: “¡Bendito sea Dios que a las indias niñas hace proféticas y predicadoras para convertir a los pecadores!”¹¹

La fe en recibir el bautismo que muestran algunas indias como aquellas viejas de Cuauhquechola que aprenden de memoria las oraciones importunó constantemente a los frailes hasta conseguir dispensa de esa condición previa para bautizarlas.

La obra de las mujeres indias fue aún más allá, pues, viendo la pobreza de los misioneros, les dieron ayuda económica. Por eso muchas de las piedras con que se construyeron iglesias, al igual que altares sagrados, se adquirieron mediante el producto del trabajo de las indias tejedoras de sombreros y petateras (esteras de palma), etcétera, o con las donaciones generosas de las ricas caciques indígenas. Como ejemplo citaremos a Ana de la Cruz, que fue nombrada gran cofrade de Tlatelolco, “celosa de las cosas de la religión y el servicio de Dios” y, además, bienhechora de la orden franciscana. La india Ana con otras cuatro o cinco mujeres trabajaba con industria de sus manos para enviar 200 y hasta 300 pesos de limosna a la enfermería del convento de San Francisco de México, para darles vestuario y libros a los frailes y, ya para morir, entregó sus últimos 200 pesos al gran nahuatlato fray Alonso de

¹⁰ Fray Matías de Escobar, *Americana Thebaida de la provincia de San Nicolás Tolentino o de Michoacán*, México, Imprenta Victoria, 1924, p. 791-792.

¹¹ Fray Juan de Torquemada, *op. cit.*, t. III, p. 244-245.

Molina. Hubo una india ciega en Tlaxcala que quería trabajar para ayudar a la iglesia de Santiago. Magdalena, la india sombrerera, dio 500 pesos para construir el sagrario de la iglesia de Tlatelolco. Otras hubo que donaban hasta 6 000 y 7 000 pesos de limosnas para alimentos y ornamentos de la iglesia. A la india Magdalena, como distinguida benefactora, se le enterró en la iglesia de Santiago Tlatelolco.

Estas limosnas que las mujeres indias dieron a los frailes franciscanos en el siglo XVI fueron muy importantes, pues los franciscanos, como verdaderos mendicantes, no poseían bienes ni renta alguna, y no habían aceptado del rey la ayuda que a las demás órdenes les daba de la Real Hacienda para sus alimentos, conventos e iglesias, según lo testificaron los conquistadores y primeros pobladores.¹² Por ello, estas nativas fueron mencionadas como bienhechoras indígenas de los franciscanos por el historiador Torquemada.

El espíritu con que daban su ayuda económica refleja lo compenetradas que estaban estas mujeres de ese nuevo sentido de la vida que les habían inculcado. Los frailes nos lo pintan claramente: Torquemada, por ejemplo, al relatarnos aquella entrevista de la india Ana de Quauhquechola con el padre guardián de Tlatelolco, a quien llevaba cuanto ganaba por su trabajo en la confección de ornamentos. Rehusándose el padre a recibir más, pues conocía su pobreza, le dijo la india: "Padre, estos cien pesos o doscientos, me ha dado Dios, mira lo que es menester para tu iglesia... ¿Para qué lo quiero yo, no tengo hijos, ni marido, a quién lo tengo que dar sino a Dios que lo prestó?"; y concluye el cronista: con el dinero de esta india se hicieron una rica casulla, capa dalmática, frontal, etcétera.

El convento de Belem debió sus principios a la viuda Clara María, célebre por sus caridades. Ella dio la casa que los padres mercedarios adaptaron para convento; hecha la iglesia, ella, con otras indias, la tenía limpia y cuidada... Ayudó a los mercedarios hasta que, siendo ya casada, su marido la arruinó.¹³

La primera grada de la cultura española que fue la evangelización se hizo accesible a todas las mujeres indígenas de la Nueva España gracias a la intensa actividad misionera del siglo XVI.

¹² AGI, *Audiencia de México* 287. Traslado bien y fielmente sacado de una información de oficio a pedimento del provincial y convento de San Jerónimo de México.

¹³ Mariano Cuevas, S. J., *Historia de la Iglesia en México*, México, Edición Cervantes, 1942, t. III, p. 504.